

ZAMORA ILUSTRADA

REVISTA LITERARIA SEMANAL.

<p>DIRECTOR DON URSICINO ALVAREZ MARTINEZ DIRECCION: SACRAMENTO 2.</p>	<p>REDACTOR Y ADMINISTRADOR DON ANDRÉS ALONSO ADMINISTRACION: PLAZUELA DEL SALVADOR 33.</p>		
<p>REDACTORES</p> <table style="width: 100%; border: none;"> <tr> <td style="width: 50%;"> <p>Don Cesáreo F. Duro. Don Casimiro Erro. Don Manuel A. Narben.</p> </td> <td style="width: 50%;"> <p>Don Mariano Perez. Don Joaquin del Barco. Don Adrian Navas Diego.</p> </td> </tr> </table>		<p>Don Cesáreo F. Duro. Don Casimiro Erro. Don Manuel A. Narben.</p>	<p>Don Mariano Perez. Don Joaquin del Barco. Don Adrian Navas Diego.</p>
<p>Don Cesáreo F. Duro. Don Casimiro Erro. Don Manuel A. Narben.</p>	<p>Don Mariano Perez. Don Joaquin del Barco. Don Adrian Navas Diego.</p>		
<p>TOMO II. PRECIO DE SUSCRICION: 3 reales al mes.</p>	<p>Zamora 30 de Agosto de 1882.</p>	<p>NÚMERO 18. ANUNCIOS A PRECIOS CONVENCIONALES</p>	

Vobis de am⁹ Castro-Teixeño

Asidoro Morán

Lluen^b Cernof

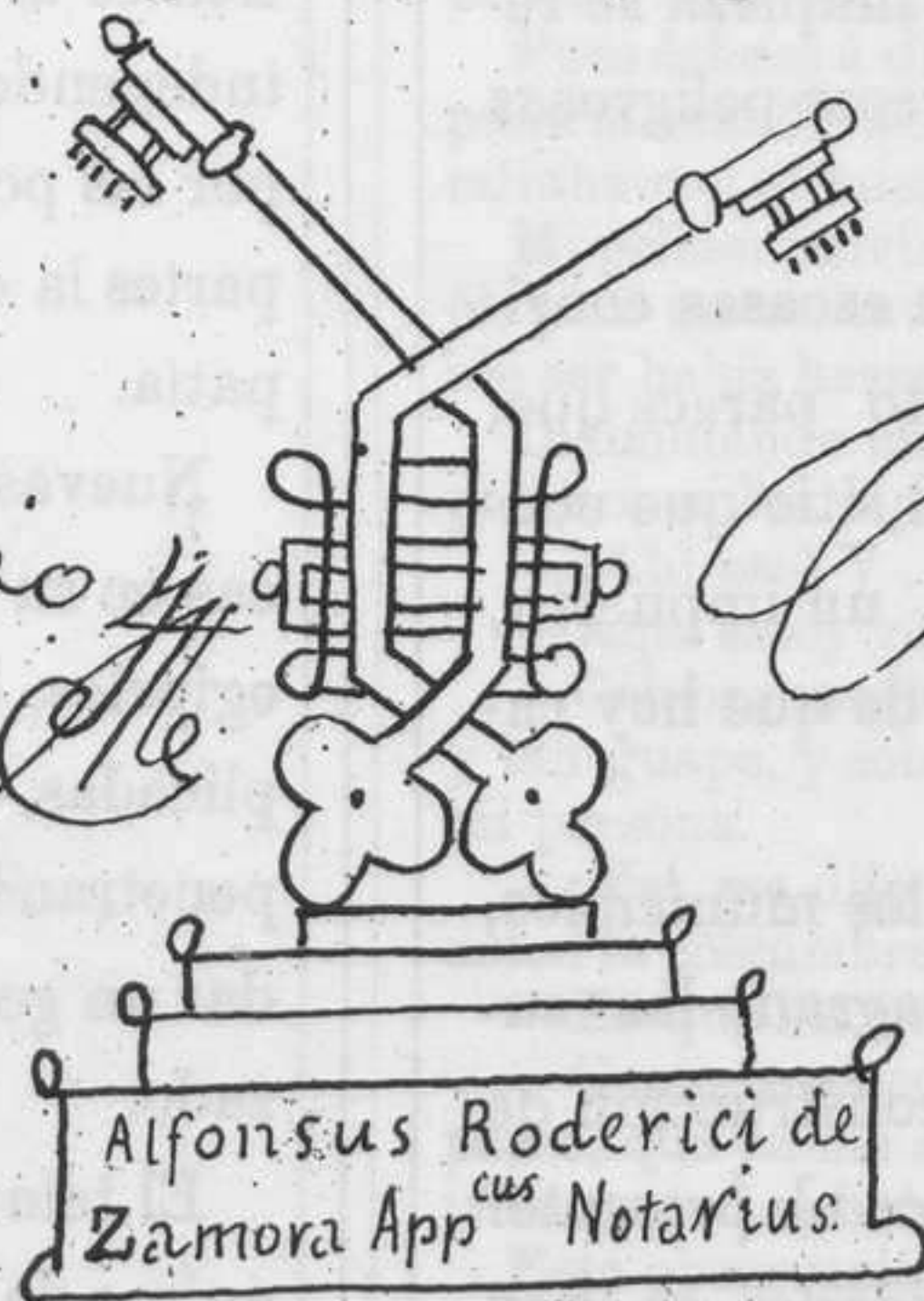
el doctor de Voboc

Amorén

El Marq^e de Villaz, dio

El Conde de Castro-Teixeño

El Sr. Diego del Valle



Alfonso Roderici de Zamora App^{cus} Notarius.

autografos

SUMARIO.—GRABADO: Autógrafos.—TEXTO: Crónica general, por D. Manuel Alonso Narbon.—¡Nosoy poeta! (poesía) por D. Andrés Alonso.—Yó fuera de mí, por don Adrian Navas Diego.—En la aldea, (poesía) por D. Mariano Perez.—Nuestro grabado, por D. Cesáreo Fernandez Duro.—Flores de ayer, (poesía) por D. Adrian Navas Diego.—Cuatro palabras sobre una cualidad moral, por D. Mariano Perez.—La cerveza, (tábula) por D. Adolfo Fernandez Martinez.—Morena (poesía) por Fray Miope.—Notas y noticias.—Tertulia.—Anuncios.

CRÓNICA GENERAL.

No sin con profunda conmiseracion vemos un dia y otro á los que de dentro y fuera de la ciudad concurren á los mercados con los productos de la tierra ó de la industria, permanecer expuestos á la accion de un sol de justicia, del frio glacial, de la lluvia y del viento.

Pocas, contadas son ya en España, las capitales que carecen de mercados cubiertos, donde, con holgura y limpieza, con comodidad del público y de los vendedores, puede el primero adquirir los artículos necesarios para el sustento de las familias y el de los objetos indispensables para la confeccion de los alimentos.

Una de ellas, por desgracia, es Zamora.

Excepcion hecha del mercado del trigo, local antiguo, insuficiente para la ordenada colocacion de las diferentes semillas que en él se aglomeran, y poco en armonía con las exigencias que, en punto á ornamentacion, exige el gusto de nuestra época, todos los demás artículos experimentan la accion de los diversos fenómenos atmosféricos, que alteran sensiblemente las condiciones de salubridad de la mayor parte de las sustancias, dando á los extraños una idea poco favorable á la poblacion, que á tan dudosa limpieza se resigna y á tamañas molestias, muchas veces peligrosas para la salud, se aviene.

Ya que la comodidad del público tan escasas consideraciones merezca al municipio, justo parece que, pues éste exige á los vendedores por el sitio que ocupan en los puntos destinados al efecto, un impuesto, les proporcione tambien la comodidad de que hoy carecen.

Si en el trascurso de tantos años los municipios, atentos al bien público, hubieran consagrado las sumas percibidas por este concepto á la construccion de mercados cubiertos, ¿cuántos tendríamos al presente?

Mas si á cubrir más urgentes necesidades se han destinado, preciso se hace que nuestro actual municipio, de cuyos buenos deseos en cuanto se relaciona con el bienestar de sus administrados no podemos poner

en duda, franqueando un poco los límites de la prudencia que á sus determinaciones preside, acometa resueltamente una mejora costosa, sí, pero tambien reproductiva, mejora que la higiene reclama como precisa, que la opinion pública pide como conveniente á la salud y á la comodidad de los vendedores y del vecindario.

No se nos ocultan los apuros económicos de la corporacion municipal, pero—«Querer es poder,»—y ciertos de la verdad de este axioma, parécenos que, cuando otras corporaciones de igual índole y en condiciones semejantes, han llevado á feliz término obras como las de que nos ocupamos, la nuestra debe aspirar á la gloria de dotar á esta capital de un establecimiento, hoy de todo punto necesario.

Las nebulosidades de la cuestion de Oriente continúan despertando más y más la curiosidad europea.

Poco de cierto puede saberse, dueños como son los ingleses del telégrafo, é interesados en hacernos creer que no hay dificultad que no superen su fortuna y atrevimiento.

Podrá muy bien realizarse la aspiracion que les conduce á tomar, por la fuerza de las armas, posesion de un suelo extraño, pero los obstáculos que han de vencer son superiores á los que imaginaron en un principio, aun en el caso, dudoso todavía, de que las naciones interesadas en cuestion de tan altísimo interés permanezcan inactivas, por obra y gracia de las gestiones puestas en juego para neutralizar la accion de corrientes contrarias.

El odio á los extranjeros se acentúa de una manera energica, el fanatismo religioso lleva nuevos combates al campamento de los que lidian por la patria independencia, y la indignacion de éstos se propaga por las poblaciones musulmanas, levantando en todas partes la conducta de Arabi-Bey murmullos de simpatía.

Nuevas poblaciones ocupadas por las tropas británicas en su marcha hácia el Cairo, no desaniman á los egipcios, que se baten fieramente contra fuerzas duplicadas, entorpeciendo la marcha de las contrarias y penetrando hasta en puntos, por éstas ocupadas, para dar un golpe de mano tan atrevido como bien realizado.

El temor al clima y á los beduinos preocupa ya el ánimo de los ingleses, en los que se ceba la disentería, precursora las más veces de gravísimas enfermedades.

MANUEL ALONSO NARBON.

¡NO SOY POETA!

Yo no encuentro en los prados,
ni en las florestas,
ni en el aura que el valle
de aromas llena,
ni en los gorgeos
de las aves, motivos
para hacer versos.

De la fuente el marmullo
grato y sonoro;
de tempestuosa noche
los ecos roncós....
¡nada me dicen!
ni el mar si alborotado
rugiendo gime:

Ni la flor, ni la aurora
cuando ilumina
las elevadas cumbres
de las colinas;
ni el sol radiante,
ni el arroyuelo, el bosque,
la luz, ni el aire.

Naturaleza bella
nada me inspira;
¿cómo escribir pretendo
sonoras rimas?
¡vana quimera!
¡versos!... nunca los hice;
¡no soy poeta!

Yo en mi vida he gastado
melena larga,
me levanto muy tarde
por las mañanas;
no voy al bosque,
ni entusiasmado miro
las gayas flores.

Solitario no busco
la poesía
del rumoroso río
por las orillas;
y aunque os estrañe,
tomo con *mojicones*
el chocolate.

No me place andar roto
ni descosido;
cómo á cualquiera hora
con apetito;
y cuando duermo,
no me quitan las Musas
jamás el sueño.

La soledad no tiene
para mí encantos,
y aunque no estoy muy gordo
no estoy muy flaco;
¡viva la Pepa!
Ya lo saben ustedes;
¡no soy poeta!

ANDRÉS ALONSO.

YO FUERA DE MÍ**I.**

¡Cólera!
Hé aquí tres sílabas unidas que son capaces de erizar los
cabellos al más pintado.
Tómese la palabra como se quiera, siempre vendremos á
obtener un resultado funestísimo.
En aquella época de sangre y luto para nuestra pobre Es-

paña, cuando una lucha fratricida y sangrienta había encen-
dido los sentimientos de la multitud, en medio de los gritos
de ira y de dolor que resonaban por todas partes, se oyó uno
más que todos doloroso, más que todos terrible; grito de an-
gustia que como una chispa eléctrica recorrió el espacio de
la Península, sembrando la desesperacion y la muerte.

¡Cólera! Hé aquí la palabra fatal.

Y parece que el valor dió unos cuantos pasos atrás consi-
derando la significacion de semejante palabrita.

Las balas no eran sino golosinas, en comparacion de un
leve desarreglo de estómago.

¡Lo que puede la falta de costumbre!

No es estraño que en un país como este, en que los estóma-
gos de grueso calibre suelen ir tan arreglados, sea muy de
temer la más leve alteracion que sufra ese órgano tan indis-
pensable en nuestra época para tratar las altas cuestiones de
Estado.

Pero la palabra *cólera* puede asimismo tomarse en diverso
sentido. Es un acceso de furia cuyas consecuencias no dejan
de ser tambien sumamente lamentables.

¡Cuántas veces decimos al ver á un hombre enfurecido: *ha
montado en cólera*; como pudiéramos decir: *ha montado en el
trén de la ira*, ó cosa parecida!

La prueba de que la palabra *cólera*, aun usada en su mé-
nos dura significacion, tiene mucho de fatal y terrible, es
que para expresar el más alto punto á que puede llegar ese
movimiento de furor, exclamamos: *ese hombre está fuera de sí*.

Pues á eso vamos, señores míos; a cómo yo pude un día en-
contrarme fuera de mí sin necesidad de enfurecerme, ni de
sufrir vómitos, calambres ó retortijones de barriga, y cómo es-
to me dió ocasion para meditar, y cómo, en fin, os voy á referir
brevemente lo que me ocurrió en aquel apurado trance, de
que no podeis formaros idea cabal.

II.

Francamente, estar un hombre apoyado de codos en la
mesa, con la cabeza entre las manos y la imaginacion Dios-
sabe donde, y contemplar en frente, á dos pasos de distan-
cia, un ser hinchado y desvanecido, padre del desden y her-
mano de la soberbia en todas sus partes; un ser cuya sustan-
cia se vé únicamente con los ojos del alma, cuando el alma no
está ciega, es caso que por extraordinario é inaudito merece
consignarse en bronce y en piedras, que no en papel ende-
ble y fácil de desvanecerse. Y esto es así porque el ser de
que os hablo se conoce con el nombre de *amor propio*, aun-
que para mí no es otra cosa más que el *yo* de Fichte.

Despojad, si podeis, á un hombre de su amor propio, de su
yo, á mí entender, y decidme luego si queda algo en él de lo
que llamamos condicion humana; decidme si sereis capaces
de reconocerle por más que mil veces os proteste de que *él es
él*. No, señor; aquel hombre no pertenece á la raza de Adam;
es imposible; y si tal fuera había que enseñarlo al público
como cosa rara, mas rara todavía que un hombre con dos
cabezas aquí donde hay tantos que no tienen ni una.

Pues échese á discurrir el discreto lector lo que á mí me
pasaría cuando me vi en frente de mi amor propio, que me
miraba con el mismo desprecio que si fuera amor ajeno.

Mi primer movimiento al verle fué de andar á cachetes con
él; pero me contuvo la consideracion de que aquel impalpa-
ble ser había hasta entonces constituido toda mi existencia.

Disimulando mi enojo y entre afable y cortés le dirigí la
palabra en los siguientes términos:

—¿Ahí está V., amigo mio?

—Aquí estoy yó, me contestó todo hecho soberbia.

—Celebro mucho, proseguí, verle á usted tan campechano
y tan guapo, y sobre todo, á una distancia tan respetable de
mi persona.

—Ya!, me dijo; observo, sin embargo, que no ha perdido
usted la costumbre de adularme.

—Es que las malas costumbres se pierden con dificultad.

—Confiese usted que, á ño ser por mi humorada de salir á
paseo, que ya me ahogaba el estrecho recinto en que vivía,
jamás usted se hubiera atrevido á desprenderse de mí.

Esta observacion me hubiera hecho mal efecto en otras
circunstancias; pero entonces, como mi amor propio y yó (es
decir, mi *yó* corregido y disminuido) éramos cosa tan distin-
ta, me contenté con responderle mansa y sosegadamente.

—Señor mio, el no desprenderme yo de usted, consistía
únicamente en que su tiránica voluntad era arbitra de mis
actos y venda de mi entendimiento.

—Ese creo que va usted perdiendo desde que le falta mi ayuda.

—Por el contrario; se me figura que ahora solo estoy en mi cabal juicio y uso completo de mis facultades intelectuales.

— ¡Desdichado! me replicó sonriendo de lastima; vuelva usted los ojos hácia adentro, recorra toda la extension de su alma mezquina con tranquilidad y sosiego, y cosas verá que le han de poner en estado de desesperacion y locura.

Hicelo como lo dijo para mostrarle que ni temía sus presagios, ni de su ausencia me había yo de quejar nunca por más de que me negara su *influencia moral*, y dirigí mis miradas por los rincones de mi alma.

¡Válgame Dios! Nunca tal se me ocurriera, y así ahora evitaría la ocasion y el disgusto de confesar tanta flaqueza ignorada, tanta ruindad encubierta, tanta miseria oculta al amparo del amor propio.

¿Quién puede imaginarse lo que es el corazon humano desposeido de esa conciencia aduladora que eternamente le está mostrando sus bellas cualidades, sus actos de bondad; pero ocultándole con el mayor cuidado todos sus defectos y torpezas?

No dejé rincon en mi alma por mirar, y, en todos ellos ví escondida alguna falta cobarde ó algun vicio descarado.

Allí encontré con gran pasmo y desconsuelo de mi ánimo, un rasgo de desinterés, de que yó en otro tiempo me había vanagloriado, convertido en un acto egoista y ruin de que ahora me avergonzaba. Pero ¿qué digo actos? Ni un pensamiento, ni un deseo había aún de los que yo consideraba nobles y elevados, que no fuera movimiento del egoismo, rey absoluto de nuestra voluntad, tirano de nuestras acciones.

¿Allí amor? Ni en sueños. ¿Cómo dar ese nombre á aquellos ligeros y volubles caprichos, en cuyo fondo no veía yo entonces más que vanos impulsos de veleidad ó acaso torpes manifestaciones de un mal deseo?

La dignidad de carácter, de que tanto alarde solemos hacer, una vez desnuda del traje de gala que el amor propio le había prestado, aparecía como una vil ramera con la desfachatez del orgullo y la hinchazon de la soberbia.

La ingratitud, ¡Cuán deforme se presentó entonces á mis ojos! Siempre había encontrado motivos para disculparla; pero allí, á la clara luz de la razon, sin la nube del amor propio por delante, ¡qué repugnancia me inspiró! ¡Cuánta era su hediondez! ¿Hay algo hecho en nuestro bien á que no nos conceptuemos acreedores? Lluevan honores y grandezas, beneficios y distinciones sobre nuestra persona, y jamás sentiremos hartos y satisfechos nuestro mérito; por el contrario, á medida que los hombres suben, como si con su peso ahondaran más nuestro corazon, más profundo se va haciendo el pozo infinito de nuestros ambiciosos deseos.

¡Pobre alma mia! no ha mucho tiempo loca de placer, satisfecha de sí propia, sonriendo de felicidad al contemplar su hermosura, que el espejo del egoismo le retrataba, y ahora avergonzada de su miseria, pálida y muerta porque la luz de la razon le había mostrado todo lo horrible de su fealdad.... Ayer considerábase dueña y señora de la ciencia y Dios no era más que una idea grande, bella, necesaria, pero no tanto que mi amor propio no pudiera subir hasta su grandeza y abarcarla y poseerla y mirarla frente á frente como Luzbel; hoy ante esa idea mi alma tiembla, se estremece, vacila y se esconde anonadada en los rincones de su pequeñez.

¡El arte, la gloria! nobles aspiraciones que ayer brotaron del fondo de mi corazon pisoteando dificultades y sembrando flores en el camino de los triunfos para llegar á un fin, fueren cualesquiera los medios que se emplearen, aun cuando hubiera que sacrificar la gloria y las aspiraciones de los demás; hoy el arte y la gloria se presentan á mis ojos como fuente de pasiones ruines, de luchas fratricidas, en que los que sucumben son víctimas inmoladas por la osadía de los que triunfan; es decir, víctimas y verdugos en el campo del arte; orgullosos ciclopes en las grandes regiones de la ciencia, y en los actos de la vida, en los más leves movimientos del espíritu egoismo y nada más que egoismo.

¡Pobre humanidad!

No quise continuar escudriñando los secretos de mi alma. Temía que la desesperacion se apoderara de mí.

Cuando separé la vista de aquel cuadro de horror, tropecé con mi amor propio que todavia en frente de mí me miraba fijamente, sonriendo siempre con la superioridad del que se cree indispensable.

Comprendió la mortal angustia de que yó era presa, leyó en mis ojos la súplica de que volviera á ocupar su puesto y compadecido de mí, cumpliendo al propio tiempo su destino, penetró sin vacilar en donde tantos años había gobernado en oposicion.

Al abrirle las puertas de mi alma, le dije:

—Dios te ha dado las llaves del corazon humano; sigue reinando en él y ¡cúmplase la voluntad de Dios!

ADRIAN NAVAS DIEGO.

EN LA ALDEA.

¡Bendita Soledad! ¡Bendita seas!
En tu tranquilo y amoroso seno
hallé la paz al fin, la dulce calma
que anhelaba mi pecho.

Y tu has cicatrizado mis heridas,
mis dolores calmaste con tu aliento
y de inefable júbilo has llenado
mi corazon enfermo.

Esas galas silvestres que tu ostentas,
ese encanto y dulcísimo embeleso,
en hacerme agradable la existencia
manifiestan empeño.

Y la sed que tenía de los goces
que el mundo me brindaba lisongero,
la extinguiste amorosa tu con otros
de peligros exentos.

¡El mundo...! ¡ay! con diges adornado
de la ideal belleza, es un espectro
y sus goces efimeros, falaces
como los fátuos fuegos.

Mas en tí los adornos son constantes,
tus selectos primores son eternos
como es la luz eterna de los ástros
que brillan en el Cielo.

Y tu en la primavera me das flores
y luz y animacion, vida y contento
y con mil panoramas enagenas
mi espíritu en invierno.

¿Que mucho que hoy exclame entusiasmado
¡Bendita Soledad que el sentimiento
en mi alma despierta y á mi lira
comunica sus ecos?

MARIANO PEREZ.

NUESTRO GRABADO.

GALERÍA DE ZAMORANOS

AUTÓGRAFOS.

Complemento de la galería de zamoranos es la coleccion de *fac-similes* tomados de documentos que se conservan en los archivos. El primero que se vé en este número es de D. Antonio del Aguila, Obispo de Zamora desde 1547, bienhechor de los pobres de la ciudad á que dejó varias mandas, que asistió al Concilio de Trento y murió en 1560. La firma procede de un escrito firmado el año 1557.

Isidro Moran, que continúa, fué Secretario de Su Majestad y del señor Conde de Fuentes en el Estado de Milan. Fundó el hospital de la Encarnacion, en cuya capilla está enterrado, y de su persona hizo

dehida mencion esta Revista en el tomo I, número 3. El documento está fechado en 1602.

A *Zamorensis*, que quiere decir la firma inmediata, es suscripcion del belicoso Obispo de Zamora D. Antonio de Acuña, que tanto dió que hacer hasta que tuvo desdichado fin en Simancas el 23 de Marzo de 1526.

No necesita interpretacion la del Marqués de Villagodio, que tenía gallarda letra.

Continúa la del Doctor D. Diego del Val, Chantre de nuestra Catedral, donde fundó capilla, así como también un hospital para sacerdotes pobres y seminario para educacion de ocho niños de coro, dejando por heredera de sus bienes á la Iglesia. El autógrafo es del año 1607.

Dos firmas he copiado de D. Prudencio de Guadalfajara; la una del año 1806, siendo Conde de Castrotorreño; la otra en que la mano temblorosa indica la avanzada edad en que era ya Duque del mismo título y Capitan general del ejército.

El Licenciado Francisco Ceinos era Fiscal del Consejo Supremo cuando en 1529 se le nombró Oidor de la Segunda Audiencia de Méjico, única entónces en la Nueva España: fué en 1532 miembro de la Junta que se formó para entender con las Ordenanzas de Indias; hizo visita oficial del territorio de la Audiencia; vivió con buena reputacion, que se acrecentó con el juicio de residencia; combatió por escrito las exageraciones del P. las Casas, y de regreso á su patria, de acuerdo con su mujer D.^a Leonor Vazquez de Ulloa; fundó mayorazgo en Zamora el año 1559 y á poco murió, muy respetado. La firma es de una carta dirigida al referido P. las Casas.

A continuacion va la del gracioso doctor Francisco Lopez de Villalobos, médico del rey D. Fernando el Católico y del emperador Carlos V, cuya reseña personal dió á luz en el núm. 3, tomo II. Es el autógrafo de 1528.

Sigue la del Conde de Fuentes, egregio zamorano, vencedor de Domlens y de Cambray, Gobernador del Estado de Milan y una de las grandes figuras de su siglo. El autógrafo es del año de 1610, el mismo que murió.

Por último, he calcado de una escritura del año 1501 el signo prolijo y curioso de Alfonso Rodriguez de Zamora, Notario apostólico.

CESAREO FERNANDEZ DURO.

FLORES DE AYER.

Tartola triste que en la selva oscura
Quejas dolientes dás al vago viento,
Un alma sin ventura
Quiere unir á tu voz su amargo acento.
Que entre las sombras de la noche fria
De tu arrullo á la par se oiga el plañido
Que alza en la soledad el arpa mia,
Eco fatal de un corazon herido.
Cantemos el dolor que nos oprime
A la pálida luz de las estrellas,
Que el mundo olvida al infeliz que gime
Y es sarcasmo sangriento
Enlazar nuestro lloro á su contento.

En confuso tropel á mi memoria
Los recuerdos acuden de otros dias
Y mi pecho vacila y se estremece
Porque huyeron ¡ay Dios! mis alegrías
Y pasa el tiempo y mi quebranto crece.

¡Oh suerte impía que en mi mal te gozas!
No cesará tu encono? Porqué fiora
De un desdichado el corazon destrozas
Cuyo crimen mayor, si crimen era,
Fué adorar tiernamente

Una ilusion que germinó en su mente?

Ay! yo la vi; creada por los sueños

Del ardor juvenil, mostróse ufana

Entre blancos celages

Tal como suele en estival mañana

La aurora placentera

Romper del mar la cristalina esfera.

Vi sus ojos de cielo

En do la llama del pudor ardía

Y á una mirada serena, el pecho mio

Que en avariente amor latia,

Se abrió, como una flor seca de frio

Se abre á la ardiente luz del medio dia

¡Oh cuán dichoso fui vanos temores

No turbaron jamás mi pensamiento;

Tranquila deslizábase entre flores

Mi vida agena de mortal cuidado

Sin que á nublar viniera mi contento

Ni la sombra falaz de un mal soñado.

A las orillas del Jalon undoso,

Cuando la tarde á declinar empieza

Y tendiendo su manto misterioso

Vá la noche avanzando

Y entre las hojas del vecino bosque

Se oye el susurro blando

Del aura jaguetona

Y en la verde colina y en el llano

Es el grave silencio soberano,

Yo templaba el laud y en dulce acento

Que el eco repetía en la espesura

Cantaba ¡Oh tiempos idos!

Mi amor y mi ventura.

Hoy armonías no, solo gemidos

Al aire lanza el desgarrado pecho,

Y el sonoro laud yace en el polvo,

En mil pedazos hecho.

Hoy como ayer la soledad ansio,

Mas nó para gozar, lejos del mundo

Acariciando el pensamiento mio,

Es ¡ay de mi! para que brote libre

En llanto amargo mi dolor profundo.

ADRIAN NAVAS DIEGO.

CUATRO PALABRAS SOBRE UNA CUALIDAD MORAL.

¿Es fea, vituperable... reprehensible siquiera, la vanidad en el hombre?

Si queremos hallar la contestacion á esta pregunta que, más de una vez, me he hecho al ver el desden, y mejor dicho, el menosprecio con que generalmente se miran los actos del vanidoso, preciso nos es recorrer con la mente, aunque sea de una manera eléctrica, la organizacion social en todas sus múltiples manifestaciones. Solamente así podremos averiguar el bien ó el mal que de la vanidad moderada puede resultar al individuo y á la sociedad, para de ahí deducir con el mayor acierto si es cualidad fea ó bella, vituperable ó digna de encomio, reprehensible ó laudable.

Sí, meditemos un momento y veremos que la vanidad sostiene y alienta al sábio en sus trabajos; que para el guerrero es móvil de las acciones más heróicas; que á la avaricia e insensibilidad de los hombres favorecidos de la fortuna arranca limosnas y otros beneficios, sin que esto deba confundirse con la caridad; que la influencia, en fin, de esta cualidad es tanta, que sin ella nos veriamos privados de los hechos más brillantes, de los más admirables esfuerzos y de los más generosos actos de abnegacion y heroismo, y adquiriremos el convencimiento de que la vanidad, cuando su excesivo desarrollo no la convierte en pasion, es uno de los resortes más poderosos, más laudables y más nobles que determinan nuestras acciones; uno de los más bellos y útiles dones que la Providencia hizo al hombre cuando le destinó á vivir en sociedad.

No tengo reparo en afirmar que no hay un solo caso en que la vanidad no sea origen del bien; en ninguna de las condiciones sociales en que se ejerce, deja de ser útil así al individuo como á la sociedad... ni aun cuando se manifiesta sobre objetos, al parecer, de poco valor, por ejemplo, ejerciéndola la mujer en el adorno y el hombre en los empleos y condecoraciones: pues aun en estos casos es utilísima y ocasiona el bien al vanidoso y á la sociedad; al primero porque la consideración pública que la satisfacción de la vanidad despertó, ocasiona fenómenos de expansión debidos al placer que resulta de la posesión que excitó su vanidad; y á la sociedad porque el comercio, la industria, las artes... todo necesariamente ha de contribuir á la ostentación de la vanidad.

Yo compadezco al hombre y á la mujer que se ven privados de un móvil tan poderoso para el bien; que son indiferentes al placer de la aprobación, al deseo de agradar; que son insensibles á la alabanza lo mismo que al menosprecio... ¿Qué se puede esperar de estos desventurados seres para quien la palabra honor, estimación pública nada significan? Nada bueno; y si algún acto reprobado por la moral hace un día que la mirada se fije en ellos, su descaro y cinismo desafiarán con un audaz *¡que se me dá á mí!* esa mirada que es el anatema á su desvergüenza.

También estoy muy lójos de aplaudir al hombre y á la mujer excesivamente vanidosos, es decir, á aquellos que hacen de la vanidad una verdadera pasión, pues harto sé que en este caso en vez de ser un manantial de bien, lo mismo para el individuo que para la sociedad, es contraria á la salud de aquel y nada útil á esta; es más aún; es origen de otros vicios mucho más repugnantes y perjudiciales, como la envidia, la calumnia, el odio, etc., cuyas consecuencias son fáciles de comprender.

De todo lo cual se deduce que la vanidad moderada es un manantial inagotable del bien, uno de los más bellos y útiles sentimientos que más influyen en el hombre y le impulsan á actos nobles y laudables, supuesto que, como ya hemos visto, siempre necesariamente produce beneficios, aunque se ejerza sobre objetos de poco valor.

No debemos, pues, considerar fea sino muy bella, no vituperable sino digna de encomio, no reprehensible sino muy laudable, por útil y beneficiosa, á la vanidad, siempre que la exageración de este sentimiento no la convierta en una verdadera pasión.

MARIANO PEREZ.

LA CERVEZA.

(FABULA.)

Rendido por la pereza
y el sol del verano ardiente,
pedí, cual socorro urgente,
una *grande* de cerveza.
Con delicada presteza
la botella destapé;
y en tanto que la dejé
sobre la mesa en reposo,
bebiendo á sorbos gozoso
el primer vaso apuré.

En ella leves hervores
oía con embeleso,
y los comparaba al beso
que el céfiro da á las flores.
Mas, ¡oh cuan engañadores!...

Agitéla con descuido,
y, cual vapor comprimido,
ya la válvula forzada,
la cerveza arrebatada
salió con atroz silbido.

*¡Oh juventud! que serena
está, en su sueño inocente,
cuando el dolor aún no siente
de la torcedora pena!
Cuan confiada y agena
de que, en muchas ocasiones,
si sus dormidas pasiones
fatal mano las enciende,
súbito el fuego se extiende
cen terribles explosiones.*

ADOLFO FERNANDEZ MARTINEZ.

MORENA.

Morena, la morenilla,
la morenita hechicera,
la que se empeña en ser blanca
á pesar de ser morena:
la de la ardiente mirada,
y rizada cabellera,
la de los labios bermejos,
la de los dientes de perlas,
la de las luengas pestañas,
la de las arqueadas cejas,
la que reúne en conjunto
hermosura y gentileza
con esa sal no estancada
que poseén las morenas;
deja los polvos de arroz,
deja los afeites, deja;
porque al verte, vida mía,
con esa *blanca* careta,
maldigo de la pintura
con que te pintas, morena.

Morena, la morenilla,
la morenita hechicera:
no te pintes, porque vales
mucho más siendo morena.

FRAY MIOPE.

NOTAS Y NOTICIAS.

Leemos con gusto en nuestro colega *El Independiente Zamorano*:

«Tenemos á la vista cartas de Búrgos en las que nos dan detalles del resultado de las oposiciones á la Doctoral de aquella iglesia Metropolitana para la que fué elegido el Doctoral de la de Astorga Sr. Díaz Carasa, y en las que se hacen grandes elogios de los ejercicios que hizo nuestro paisano D. Baldomero Alonso Dominguez, que todos, tanto los capitulares como los letrados y personas ilustradas que tuvieron el gusto de oírle, califican de los primeros entre sus compañeros que fueron ocho; cuatro de los opositores canónigos Doctorales. Por esto sin duda alguna, nuestro paisano, apesar de no desempeñar cargo alguno y con solo el carácter de simple presbítero, teniendo en cuenta sus ejercicios, fué el único que por haber obtenido mayoría de votos, entró á competir con el agraciado en última votación, en la que fué vencido indudablemente, por

ser su contrincante lo que entre clérigos y en esta materia llaman «capa de oro.»

Nosotros damos la más cordial enhorabuena á nuestro ilustrado amigo, deseándole muchos ánimos hasta conseguir el elevado puesto á que se ha hecho acreedor por sus méritos.

Ya vuelven de las frescas ciudades del Cantábrico los pocos que pudieron irse á gastar los cuartos durante los calores de abrasador verano.

Ya vuelven á sus casas los que salud buscando, unos á tomar aguas y otros á tomar baños, creyeron al regreso volver gordos y sanos.

Yo les he visto y vienen los que de aquí marcharon, unos mucho más gordos y otros mucho más flacos.

Pero si les preguntan si por allí gozaron y si al venir se sienten mucho más aliviados, responderán... venimos buenos, ¡pero esquilados!

Hemos recibido *La Opinion* periódico de Valladolid y agradecemos su visita, á la que correspondemos con el mayor gusto.

Es *La Opinion* periódico muy bien escrito, que tiene entre otras cosas el ser *politico*:

Se publica dos veces á la semana; inserta varias cosas muy literarias,

Y todos nos hacemos suposiciones, que serán respetadas sus *opiniones*.

Ya no son los paseos lo que antes eran; los *cuartetos* hoy dia no *menudean*; son tan escasos, que más parecen fruta de contrabando. ¡Qué juventud aquella la de otros dias! ¡qué *cuartetos* formaban Virgen María! ¡qué diferentes fueron aquellos tiempos de los presentes! Cada vez que al pasado los ojos vuelvo, créanme ustedes todos, sufro y me apeno: y cuatrocientas veces exclamaría..... ¡qué juventud aquella, la de otros dias!

ERTULIA.

CHARADA.

Es *prima dos* tan linda, tan hechicera, que dá envidia á las flores de la pradera; ¡fresca muchacha! más que los cefirillos de la mañana.

Prima, dos, tres y cuatro no es ménos bella, pero me gusta mucho ménos que aquella: ¡ay *dos* tras *prima*! diera por tus amores toda mi vida.

Compadécete al punto] de quien te quiere, y que en la incertidumbre viviendo muere; pues si no me amas, juro ahorcarme con una *tercera cuarta*.

LOGOGRIFO.

Este, lectoras, ofrezco clarísimo por demás; siete letras le componen con las que podeis formar un rio de Cataluña, una bebida usual, que así toma el que está bueno como aquel que no lo está; una negacion, un verbo, un pronombre personal, aguardiente de gran uso, que creo te gustará, y otras cosas que me callo porque no las quiero hablar.

El *todo*, bella lectora, seguro te convendrá y ten presente que hay tantos que en todas partes están. Dios te libre que su arrullo te llegara á emponzoñar. Además he de advertirte si quieres solucionar el presente logogrifo, que es un drama popular de un conocido poeta que en Zamora ha estado ya.

Solucion á la charada del número anterior.

PASALODOS.

ZAMORA, =1882.

IMPRESA DE JOSÉ GUTIERREZ GARCÍA.

Doncellas, 3.

DIRECCION:
Calle del Sacramento núm. 2.

SECCION DE ANUNCIOS.

ADMINISTRACION:
Plaza del Salvador 38.

HIJOS DE PUGA

Fabricantes de aguardientes, licores, ratafias y vinos generosos.

CASA FUNDADA EN EL AÑO 1816.

GRAN MEDALLA DE ORO
en la Exposición de París de 1878.

DESPACHO ÚNICO: Malcocinado, núm. 6.
SU FABRICA: San Torcuato, 67.
Exijase la marca de fabrica.





Clinica oftalmológica.
Se ha establecido en esta capital con residencia fija el distinguido y celebre oculista D. Maximiano Marban en la calle de la Renova, núm. 25.
Recibe la consulta desde las nueve de la mañana hasta la una de la tarde.
En la primera visita serán desengañados los que no tengan remedio.
Los pobres de solemnidad serán admitidos a ella gratuitamente.

HUALATERIA DE URBANO ALONSO.
CARCABA, 23.

Constructor de bombas para extraer agua, aspirantes e impelentes, subiendo por hora 600 cantaros.
Se encarga de toda clase de trabajos con toda perfeccion y prontitud a precios económicos.

ACADEMIA DE MÚSICA
VOCAL É INSTRUMENTAL

DIRIGIDA POR EL

Profesor D. GALO P. Y PERER, Arco de San Ildefonso, núm. 2. Se dan lecciones á domicilio.

ALMACEN DE MADERAS
DE
CLAUDIO ANDREU
Cabañales.—Zamora.

En dicho almacén hay siempre un buen surtido de toda clase de maderas del Norte y Soria, nogales y robles, a precios económicos, y se sirven á domicilio.

La Sevillana, fábrica de jabon.—Despacho por mayor y menor, calle de la FERIA, 2.

CAFÉ NERVINO MEDICINAL
Maravilloso secreto árabe exclusivo del Dr. Morales.

Cura infaliblemente los padecimientos de la cabeza, incluso la jaqueca, los males del estómago, del vientre, los nerviosos y los de la infancia en general.
Se vende a 12 y 20 rs. caja, para 20 y 40 tazas, en las principales farmacias de Madrid y provincias.
Dr. Morales. Carretas, 39, principal.—Madrid.




GRAN SALON-PELUQUERÍA
DE
EMETERIO DE MENA GARCÍA,
3—SANTA CLARA.—3.

Se afeita, corta y riza el pelo.
Se admiten abonos.
Construye y reforma postizos de señora y caballero.
Especialidad en peinados para soirées.

CASA EN VENTA

En el barrio de Cabañales se ofrece en venta una casa de buenas condiciones colocada á uno de los lados de la carretera.
En la direccion de este periódico darán razon.

ANTIGUO PARADOR
DE LOS COCHES
DE
JOSÉ PACHECO
18. Plazuela de la Rinconada. 18.
VALLADOLID.

MARMOLISTA.

Habiendo llegado á esta poblacion uno, se encarga de toda clase de composiciones, como mesas, lavabos, lápidas y todo lo concerniente á dicho arte.
San Juan de las Monjas, 2.

AVISO IMPORTANTE.

SANTANDER.—CASA DE HUÉSPEDES.

Calle de San Francisco, núm. 23.

El Zamorano Bartolomé Fresno ofrece á sus paisanos y demás favorecedores que visiten estas playas la mencionada casa, situada en la calle más céntrica de Santander y en la que encontrarán buen trato, espaciosas y cómodas habitaciones por el precio de 5 á 6 pesetas diarias, incluso los billetes para el tranvía al Sardinero.

GABINETE DE CONSULTAS Y OPERACIONES

DE LOS LICENCIADOS

EN MEDICINA Y CIRUJÍA

D. Niceto Rivera y D. Francisco Blanco.

HERREROS, 39, 2.º

Se reciben consultas todos los dias de once de la mañana á dos de la tarde.
Los miércoles y sábados de cuatro á cinco y media de la tarde, serán admitidos los pobres sin retribucion alguna.